

EL LUNERO

DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Diciembre 31 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.—Núm. 22.

NANTAS

(TRADUCCION DE EMILIO ZOLA, POR D. M.)

Continuacion

III

HABIAN transcurrido diez años. Una mañana, Nantas se encontraba en el escritorio en que el baron Danvilliers lo habia recibido tan ásperamente cuando la primera entrevista. Ahora, aquel escritorio era el suyo; el baron, despues de haberse reconciliado con su hija y con su yerno; les habia entregado su casa, reservándose solo un departamento situado al otro extremo del jardin, sobre la calle de Beaune. En diez años, Nantas habia conquistado una posicion financiera e industrial de las más elevadas.

Ligado á todas las grandes empresas de caminos de hierro, lanzado á todas las especulaciones sobre tierras que se iniciaron durante los primeros años del Imperio, habia realizado rápidamente una fortuna inmensa. Pero su ambicion no se limitaba á eso; queria conquistar una posicion política, y habia conseguido hacerse nombrar diputado por un distrito en que poseia vastas propiedades.

Desde su ingreso al Cuerpo Legislativo se habia presentado como futuro Ministro de Hacienda. Por sus conocimientos especiales y su fácil palabra, ganaba dia por dia en importancia. Por lo demas, sabia demostrar su completa adhesion al Imperio, sin dejar por esto de tener teorías propias en materia de finanzas, que llamaban mucho la atencion y que él sabia que preocupaban seriamente al Emperador.

Aquella mañana, Nantas estaba recargadísimo de tareas. En los vastos bufetes que habia instalado en el piso bajo de la casa, reinaba una actividad prodigiosa. Aquello era un mundo de empleados, inmóviles los unos tras de sus escritorios, y los otros yendo y viniendo sin cesar; era un ruido de oro continuo, bolsas abiertas derramándose sobre las mesas, la música de una caja cuyas ondas parecia debian inundar las calles. En la antesala, se apiñaba la muchedumbre de solicitantes, de comerciantes, de hombres de la política, todo Paris de rodillas ante la fortuna. Muchas veces, grandes personajes esperaban allí pacientemente durante una hora. Y Nantas, sentado en su bufete, en correspondencia con las provincias y con el extranjero, pudiendo con solo estender los brazos estrechar al mundo entero, realizaba al fin su antiguo sueño de fuerza, y se consideraba el motor inteligente de una máquina colosal que removía los reinos y los imperios.

Nantas llamó al ugiere que cuidaba la puerta. Parecia preocupado.

—German, le dijo ¿sabes si ha vuelto la señora?

Y como el ugiere contestase que no lo sabia, le mandó que llamase á la camarera de la señora. Pero German no se retiró.

—Perdon, señor, balbuceó, ahí está el Presidente de la Cámara que insiste por entrar.

Nantas hizo un gesto de mal humor, diciéndole al mismo tiempo:

—Pues bien, hazlo entrar, y haz lo que te he mandado.

La vispera, en una cuestion importante del presupuesto, un discurso de Nantas habia causado tal impresion, que el artículo que se discutía

habia sido devuelto á la comision respectiva para enmendarlo en el sentido que él habia indicado. Despues de la sesion habia circulado el rumor de que el ministro de hacienda iba á presentar su renuncia, y ya se designaba al joven diputado como su sucesor. El se encogia de hombros; lo único que habia era una conferencia tenida con el Emperador sobre algunos puntos especiales. Sin embargo, la visita del Presidente de la Cámara podia tener una alta significacion. Pareció sacudir la preocupacion que lo embargaba, se levantó, y estrechando las manos del Presidente, dijo:

—Ah, señor duque, pido á usted perdon. Ignoraba que estuviere usted ahí... Estoy sumamente agradecido al honor que usted me hace.

Durante un momento, conversaron ámbos cordialmente. Despues, el Presidente, sin avanzar nada definitivo, le dió á entender que habia sido enviado por el Emperador para sondearlo sobre si aceptaria la cartera de hacienda y con qué programa. Entonces, Nantas, con altiva sangre fria, planteó sus condiciones.

Pero, bajo la impassibilidad de su rostro, dejaba guivinar la satisfaccion del triunfo. Por fin iba á subir el último escalon para llegar á la cumbre. Un paso más, y todas las cabezas estarian por debajo suyo.

A tiempo en que el Presidente concluía diciendo que iba en el acto á ver al Emperador para comunicarle el programa debatido, se abrió una pequeña puerta que comunicaba con las piezas interiores, y apareció la camarera de la señora.

Nantas, que de repente se habia puesto pálido, no acabó la frase que tenia en los labios. Se adelantó hacia la camarera, murmurando.

—Perdone Vd., señor duque....

Y en voz baja preguntó á la sirvienta si la señora habia salido temprano, si habia dejado dicho dónde iba y cuándo volverla. La camarera contestó con palabras vagas, como muchacha inteligente que no queria comprometerse. Comprendiendo la inutilidad de aquel interrogatorio, Nantas acabó por decir simplemente:

—Así que vuelva la señora, avíértele que deseo hablar con ella.

El duque, sorprendido, se habia aproximado á una ventana y miraba al patio. Nantas se dirigió á él pidiéndole nuevas excusas; pero habia perdido ya su sangre fria y balbuceó palabras inconexas.

—Vamos, he echado á perder el asunto, exclamó en voz alta así que el Presidente se retiró. Hé ahí una cartera que se me escapa.

Y permaneció en un estado de inquietud, alterado por accesos de cólera. Otras muchas personas fueron introducidas. Un ingeniero le presentó un informe sobre los beneficios enormes realizados en una explotacion de minas. Un diplomático le habló de un empréstito que una potencia vecina queria colocar en Paris. Otros le dieron cuenta de veinte asuntos diferentes. Por último, recibió á muchos de sus colegas de la Cámara que se deshacian en elogios exajerados sobre su discurso de la vispera. El, recostado en su sillón, aceptaba todo aquel incienso sin una sonrisa. El ruido del oro continuaba en las oficinas; una trepidacion de maquinaria hacia temblar las paredes, como si allí se fabricase todo aquel oro que sonaba. Con solo tomar la pluma, él podia expedir despachos cuyo contenido alegraria ó consternaria á los mercados europeos; él podia impeller ó precipitar la guerra, según agoyase ó combatiere el empréstito de que le habian hablado. Aquello era el triunfo; su personalidad exaltada á la cumbre, era el centro.

dor del cual giraba todo un mundo. Y sin embargo, él no saboreaba aquel triunfo como lo había esperado.

Se sentía desfallecido, con el espíritu abstraído, impresionable al menor ruido. Cuando una llamada, una fiebre de ambición satisfecha coloreaba sus mejillas, se sentía palidecer en seguida, como si por detrás, bruscamente, una mano fría lo hubiese tocado en la nuca.

Eran más de las dos de la tarde, y Flavia no había vuelto todavía. Nantas llamó a German para encargarle que fuese a buscar al señor Danvilliers si estaba en sus habitaciones. Cuando se quedó solo, empezó a pasearse por el escritorio, negándose a recibir a nadie más.

Poco a poco, su agitación había aumentado. Indudablemente su mujer había ido a alguna cita. Debía haber reanudado sus relaciones con Mr. Fondettes, que había enviudado hacia seis meses. Nantas no quería aparecer celoso; durante diez años había cumplido estrictamente las condiciones establecidas por Flavia, pero no quería caer en el ridículo. Jamás permitiría que su mujer comprometiese su posición, haciéndolo la mofa de todos. Y su fuerza lo abandonaba; aquel sentimiento de mando que quería solamente ser respetado lo preocupaba de una manera que nunca había experimentado, ni aun cuando en los comienzos de su fortuna se lanzaba a las más arriesgadas empresas.

Flavia entró, vestida aun con traje de calle; solo se había quitado el sombrero y los guantes. Nantas, cuya voz temblaba, le dijo que hubiera subido a sus habitaciones si ella le hubiera hecho saber que estaba ya de vuelta. Pero ella, sin sentarse, como un cliente apurado, le hizo un gesto como pidiéndole que le dijese presto lo que tuviese que decirle.

—Señora, empezó Nantas, se ha hecho necesaria una explicación entre nosotros.... ¿Dónde ha ido V. esta mañana?

La voz temblorosa de su marido y la brusquedad de la pregunta, la sorprendieron en extremo.

—He ido, contestó con tono frío, donde se me ha antojado.

—Precisamente es eso lo que quiero evitar en adelante, continuó Nantas, poniéndose muy pálido. Usted debe recordar lo que yo le he dicho, esto es, que no toleraré que use usted de la libertad en que la dejo de una manera que deshonre mi nombre.

Flavia sonrió con soberano desprecio.

—Deshonrar su nombre, señor! Eso le concierne a usted; es una tarea que ya no hay que hacer.

Nantas entonces, en un arrebato de locura, se adelantó como si quisiera pegarle, balbuceando:

—Desgraciada! tú sales de los brazos del señor Fondettes... Tú tienes un amante, y yo lo sé.

—Usted se engaña, señor, contestó ella sin retroceder ante la amenaza; jamás he vuelto a ver a Mr. des Fondettes.... Pero aunque tuviese un amante, usted no me lo podría reprochar. ¿Qué mal habría para usted en ello? Parece que olvida usted nuestro convenio.

El la miró un instante con expresión ceñuda; y en seguida, conmovido por los sollozos, dando a su voz una pasión contenida por largo tiempo, se arrojó a sus plantas, exclamando:

—Flavia! te amo!

Ella, rígida, se apartó porque él le había tocado el extremo del vestido, pero el desgraciado la seguía arrastrándose sobre las rodillas, con las manos en ademán de súplica.

—Yo te amo, Flavia, te amo como un loco... Yo no sé cómo ha venido esto, pero hace años ya que te amo, hasta que tu amor me ha invadido por completo. Oh! yo he luchado; yo consideraba esta pasión indigna de mí, recordando nuestra primer entrevista. Pero hoy sufro ya demasiado, y es necesario que te lo diga...

Así continuó por largo rato. Aquello era desbaratar todas sus creencias. Aquel hombre que había puesto su fe en la fuerza, que sostenía que la voluntad es la única palanca capaz de levantar el mundo, caía anonadado, débil como un niño, inerte ante una mujer. Y su sueño de fortuna realizado, su elevada posición conquistada, todo lo hubiese dado a trueque de que aquella mujer lo hiciera poner de pie con un beso en la frente. Ella le oscurecía su triunfo. Ya no oía el oro

resplandecer en sus oficinas, ni pensaba en el desfile de cortesanos que se le acercaban a saludarlo, y hasta olvidaba que en aquel momento, el em-

perador, tal vez lo llamaba al poder. Nada de eso existía para él— tenía todo y no quería nada más que a Flavia. Si ella lo rechazaba, nada le quedaba.

—Oye, continuó Nantas, todo lo que he hecho, lo hecho por ti. Al principio, es cierto, solo trabajaba para la satisfacción de mi orgullo. Pero después, tú has sido el único móvil de todas mis ideas, y de todos mis esfuerzos. Yo me decía que debía subir lo más alto posible para merecerte. Esperaba deslumbrarte el día en que pudiese a tus pies mi poder. Ya ves la situación en que me encuentro—¿No he ganado aún tu perdón? No me desprecies más, te lo ruego.

Ella no había contestado hasta entonces una sola palabra. Dijo tranquilamente:

—Levántese usted, señor; podría entrar alguien.

Pero él no hizo caso, y continuó: Tal vez habría esperado todavía si no estuviera celoso de Mr. des Fondettes. Aquello era un tormento que lo enloquecía. Después, con mucha humildad, dijo:

—Bien veo que usted me desprecia todavía. Pues bien, espere Vd.; no entregue su amor a nadie. Yo le prometo que haré tales cosas, que llegaré a interesarla. Debe usted perdonarme si he estado ahora algo brutal. Había perdido la cabeza.... Oh! Déjeme usted esperar que me amaré un día.

—¡Jamás! exclamó Flavia con energía.

Y, como él permaneciese de rodillas, ella hizo ademán de retirarse. Pero él, con la cabeza perdida, presa de un acceso de rabia, se levantó y la tomó por los puños. Que una mujer lo desafiase así, cuando tenía el mundo a sus pies...! Todo lo podía él, alterar la paz de los Estados, gobernar la Francia a su antojo; ¿y no podría obtener el amor de su mujer? Él, tan fuerte, tan poderoso; él, cuyos menores deseos eran órdenes, no tenía más que un deseo, y aquel deseo no lo llenaría jamás, porque una criatura, débil como un niño, se oponía. Nantas le apretaba los brazos, repitiendo con una voz ronca:

—Yo quiero... yo quiero...

—Y yo no quiero, contestaba Flavia, pálida y erguida.

La lucha continuaba, cuando el baron Danvilliers abrió la puerta. Al verlo, Nantas dejó a Flavia, y exclamó:

—Señor, aquí tiene usted a su hija que viene de los brazos de su amante.. Dígale usted que una señora debe respetar el nombre de su marido aun cuando no lo ame.

El baron, muy envejecido, permaneció de pie en el umbral, ante aquella escena de violencia. Aquello era para él una sorpresa dolorosa. Él creía el matrimonio unido, y aprobaba las relaciones ceremoniosas de los esposos, creyendo que no había en ello más que apariencias de conveniencia. Su yerno y él pertenecían a dos generaciones diferentes; pero si estaba afectado por la actividad poco escrupulosa del financiero, si condenaba ciertas empresas que él consideraba descabelladas, no podía menos de reconocer la fuerza de su voluntad y su viva inteligencia. Y de repente, se encontraba en medio de aquel drama que él ni sospechaba.

Cuando Nantas acusó a Flavia de tener un amante, el baron, que trataba todavía a su hija con la misma severidad que diez años antes, se adelantó con su paso solemne de viejo.

—Juro a usted que ella viene de casa de su amante, repitió Nantas, y usted la ve, ahí está provocándome.

Flavia, con aire desdeñoso, había vuelto la cabeza. Estaba arreglándose las mangas, que la brutalidad de su marido había arrugado. Ni un rubor había teñido su rostro. El padre la interrogaba:

—Hija mía, ¿por qué no te defiendes? Dice verdad tu marido? Me reservarías esta última pena para mi vejez? La afrenta recaería también sobre mí, porque en una familia, la falta de uno de sus miembros basta para manchar a todos los otros.

Entonces ella hizo un movimiento de impaciencia. También su padre la acusaba! Por un momento todavía, ella soportó el interrogatorio, deseando ahorrarse la vergüenza de una explicación. Pero como a su vez él se exaltase al verla muda y provocativa, concluyó Flavia por decir:

—Vaya! padre mío; deje usted que este hombre desempeñe su papel.. Usted no lo conoce. No me obligue usted a hablar por su propio respeto.

—Es tu marido, continuó el anciano. Es el padre de tu hijo.

Flavia se irguió, y toda temblorosa de indignación, dijo:

—Nól no es el padre de mi hijo... Ultimamente, confesaré todo. Este hombre no es siquiera un seductor, porque eso sería una excusa al ménos, si me hubiese amado. Este hombre se ha vendido simplemente, y ha consentido en cubrir la falta de otro.

El barón se volvió hácia Nantas, que livido, retrocedía.

—Sépalos, padre mió, continuó Flavia con más violencia. Se ha vendido, vendido por dinero... Yo no lo he amado nunca, ni jamás me ha tocado él con la punta de sus dedos. He querido ahorrarle un gran dolor, y lo he comprado para que lo engañase. Mírelo, vea usted si digo la verdad.

Nantas se había ocultado el rostro entre las manos.

Y ahora, continuó Flavia, pretende que yo lo quiera... Se ha puesto de rodillas y ha llorado. Alguna comedia, sin duda. Perdóneme usted que lo haya engañado, padre mió; pero, en realidad ¿pertenezco yo á ese hombre?... Ahora que sabe Vd. la verdad, lléveme. Ha querido violentarme hace un momento, y no permaneceré aquí un instante más.

El barón irguió su talla encorvada, y sin decir una palabra, fué á dar el brazo á su hija.

Los dos atravesaron la sala sin que Nantas hiciese un ademán para retenerlos. Al llegar á la puerta, el viejo dejó caer estas dos palabras:

—Adios, señor.

La puerta se había vuelto á cerrar. Nantas quedó solo, aterrado, mirando aturrido el vacío que lo rodeaba. El ugió entró y dejó una carta sobre el escritorio; él la abrió maquinalmente y la recorrió con la vista. Aquella carta, escrita de puño y letra del Emperador, lo llamaba al ministerio de hacienda en términos muy halagüeños. Apenas lo comprendió. La realización de todas sus ambiciones ya no lo emocionaba. En las oficinas, el ruido del oro había aumentado. Era la hora en que la casa Nantas hervía, poniendo en actividad á todo un mundo. Y él, en medio de aquella labor colosal que era su obra, en el apogeo de su gloria, con la mirada estúpida fija sobre la carta del Emperador, lanzó esta exclamación propia de un niño, que era la negación de toda su vida:

—No soy feliz... No soy feliz.

Y lloró, con la cabeza caída sobre el escritorio, y sus lágrimas ardientes borrraban la carta que lo nombraba ministro.

IV.

Año y medio hacía que Nantas era ministro de hacienda, y parecía que quería aturdirse con una tarea sobrehumana. Al día siguiente de la escena de violencia que había pasado en su gabinete, había tenido una explicación con el barón Danvilliers; y por consejo de su padre, Flavia había consentido en volver al domicilio conyugal. Pero los esposos ya no se dirijian la palabra, fuera de la comedia que debían representar ante el mundo. Nantas había decidido no dejar su casa, donde, ayudado por sus secretarios, trabajaba todas las noches.

Fuó la época de su vida en que realizó los más vastos proyectos. Una voz interior le dictaba inspiraciones altas y fecundas. A su paso se levantaba un murmullo de simpatía y de admiración. Pero él permanecía insensible á los elogios. Se habría dicho que trabajaba sin esperanza de una recompensa, con la sola idea de aglomerar sus obras sin más fin que el de tentar lo imposible. Cada vez que ascendía más, consultaba el rostro de Flavia. ¿La habría impresionado al fin? ¿Le habría perdonado su antigua infamia para no ver más que el desarrollo de su inteligencia? Pero nunca sorprendía una emoción en el rostro mudo de aquella mujer, y se decía, volviendo al trabajo: «Adelante! todavía no he subido bastante para ella: es preciso subir todavía, subir sin cesar.» Esperaba vencer á la felicidad, como había vencido á la fortuna. Toda su creencia en su fuerza le había vuelto; no admitía otra palanca en el mundo, porque es la voluntad de la vida la que ha hecho á la humanidad. Cuando alguna vez se descorazonaba, se encerraba para que nadie sospechase siquiera las debilidades de su carne. Solo se adivinaban sus luchas en la profundidad de sus ojos circuidos de negro, y en los que ardía una llama intensa.

Los celos lo devoraban entretanto. No lograr hacerse amar de Flavia era un suplicio; pero la rabia lo enloquecía cuando pensaba que podría entregarse á algun otro. Para afirmar su libertad, ella era capaz de arreglarse nuevamente con Mr. des Fondettes. Afectaba no ocuparse de ella, al par que agonizaba de angustia á sus menores ausencias. Si no hubiera temido el ridículo, él mismo la habría seguido por las calles. Fué entonces que quiso tener al lado de Flavia una persona cuya fidelidad él compraría.

Había conservado en la casa á la señorita Chuin. El barón estaba acostumbrado á ella, y por otra parte, sabía demasiadas cosas para que pudiera deshacerse de ella. Hubo un momento en que aquella vieja tuvo el proyecto de retirarse con los veinte mil francos que Nantas le había entregado el día siguiente de su matrimonio, pero sin duda juzgó que la cosa se prestaría para pescar en agua revuelta. Esperaba pues una nueva ocasión, haciéndose el cálculo de que le eran necesarios otros veinte mil francos para comprar en Roinville, su país, la casa del notario, que había sido su admiración en la juventud.

Nantas no tenía para qué fingir con aquella vieja, cuyo aire devoto no podía engañar á nadie. Sin embargo, la mañana en que la hizo ir á su escritorio y le propuso claramente que lo tuviese al corriente de lo que su mujer hacía, ella fingió indignarse, preguntándole que por quién la tomaba.

—Vamos, señorita, dijo Nantas impacientado, estoy muy apurado; me esperan. Concluyamos de una vez.

Pero ella no quería saber nada mientras él no salvase las apariencias. Ella profesaba el principio de que las cosas no son malas en sí mismas sino que lo son ó dejan de serlo segun la forma en que se presentan.

—Pues bien, dijo Nantas, se trata, señorita, de una buena acción; temo que mi mujer me oculte algunos disgustos. La veo triste desde hace algunos semanas, y he pensado en vd. para obtener algunos informes.

—Puede usted contar conmigo, dijo ella entonces con una efusión maternal. Yo soy muy fiel á la señora, y haré todo por su honor y el de usted.... Desde mañana, velaremos sobre ella.

El se prometió recompensar sus servicios. Ella se enojó al principio pero en seguida tuvo la habilidad de obligarlo á fijar una suma: él le daría diez mil francos si ella le presentaba una prueba fidedigna de la buena ó mala conducta de la señora. Poco á poco, había llegado á precisar las cosas.

Desde entonces Nantas se atormentó ménos. Pasaron tres meses durante los cuales vivió entregado á una pesada tarea, la preparación del presupuesto. De acuerdo con el Emperador, había introducido en el sistema financiero importantes modificaciones. Sabía que sería vivamente atacado en la Cámara, y tenía necesidad de preparar una cantidad considerable de documentos. Muchas veces pasaba noches enteras en vela. Aquello lo aturdió y lo hacía paciente. Cuando veía á la señorita Chuin, él la interrogaba con voz breve. ¿Sabía algo? ¿La señora había hecho muchas visitas? ¿Se había detenido especialmente en algunas casas? La señorita Chuin llevaba un diario detallado. Pero no había recogido todavía más que datos sin importancia. Nantas se tranquilizaba, mientras la vieja guiñaba á veces los ojos, repitiendo que muy pronto tal vez, sabría algo de nuevo.

La verdad es que la señorita Chuin había reflexionado seriamente que diez mil francos no hacían su negocio, necesitaba veinte mil para comprar la casa del notario. Al principio tuvo la intención de venderse á la esposa, después de haberse vendido al marido. Pero ella conocía á la señora, y temía ser despedida á la primer palabra. Antes de que le confiasen aquella tarea, hacía tiempo que ella había espiado por su cuenta, diciéndose á sí misma que los vicios de los patrones son la fortuna de los criados, pero se había estrellado contra una honestidad tanto más sólida, cuanto que tenía por base el orgullo. Desde su falta, Flavia conservaba rencor á todos los hombres. Así es que la señorita Chuin se desesperaba ya, cuando un día encontró á Mr. des Fondettes, quien le preguntó con tanto interés sobre su patrona, que ella comprendió al instante que él la deseaba con locura, enardecido por el recuerdo

del minuto en que la había tenido en sus brazos. Al instante convino el plan de servir á la vez al marido y al amante.

Precisamente, todo se prestaba á ello. Mr. des Fondettes, rechazado y sin esperanzas, hubiera dado su fortuna por poseer otra vez aquella mujer que le había pertenecido. Fué él quien primero tanteó á la señorita Chuin. Volvió á verla, y le hizo una escena sentimental jurándole que se mitaría si no lo ayudaba. Al cabo de ocho días, despues de mucha sensibilidad y escrúpulos, el negocio quedó arreglado: él daría diez mil francos, y ella lo ocultaría una noche en el dormitorio de Flavia.

El día convenido, la señorita Chuin fué á ver á Nantas por la mañana.

—¿Qué ha averiguado? le preguntó él palideciendo.

Pero ella no precisó nada en un principio. La señora tenía seguramente una relación, y hasta daba citas.

—Al hecho, al hecho, repitió él, furioso de impaciencia.

Por último ella nombró á Mr. des Fondettes.

—Esta noche, estará en la alcoba de la señora.

—Está bien, gracias, baluceó Nantas.

Y la despidió con un ademán temeroso de desfallecer ante ella. Aquella brusca despedida la sorprendió y la alegró, porque ella esperaba un largo interrogatorio, y hasta había preparado sus respuestas para no confundirse. Hizo una reverencia y se retiró, con semblante dolorido.

(Continuará.)

Romeo y Julieta

ROMEO y Julieta es por excelencia el drama del amor; es la última palabra y la nota suprema, esa lengua de fuego que lame la cima de la hoguera y que se disipa en el cielo. Shakespeare agota todo lo que expresa: doquiera pasa, toca el fondo y llega al colmo. El paroxismo es su elemento.

Entrad en esa ciudad trágica, donde la sangre corre como el agua de las fuentes: cada calle es un desfiladero, cada casa es una fortaleza. Estamos en la ardiente y la sombría Italia del Siglo XIV. Verona es la capital de esas discordias civiles.

Una red de enemistades enlaza la ciudad; la venganza ha plantado su árbol genealógico en el corazón de las familias. El hombre muerto mata á su vez por la mano de su hijo ó por la de su hermano; los hijos de los muertos heredan de su asesino; los odios se legan como patrimonios. Es en medio de ese entrevero furioso que Shakespeare arroja su *Romeo y Julieta*; es sobre ese campo de batalla que el altar del amor se levanta (el Paraíso á la sombra de las espadas) dice un versículo del Korán.

Las flores más espléndidas de la tierra germinan bajo un suelo lleno de venenos.

Lo que inmediatamente llama la atención á la lectura y lo que la representación hace sentir más vivamente, es la admirable precipitación del drama, su impetuosidad anhelante y su esfuerzo que no desfallece.

Romeo entrando en el baile dado por los Capuletos, ve á Julieta; sus ojos cambian un relámpago; el amor se enciende; amor único, inextinguible, el amor, más fuerte que la muerte.

«¿Quién es aquella dama que honra allí la mano de aquel caballero? Su belleza está suspendida á la faz de la noche como una rica joya en la oreja de una etiopía.—Belleza, demasiado preciosa para poseerla, demasiado exquisita para la tierra! Mi corazón hasta ahora habrá amado?—No! juradlo mis ojos, pues hasta este momento nunca pude ver la verdadera belleza.»

Y de la estremidad de la sala, Julieta responde con la prontitud del eco conmovido por la voz:

«Acércate mi aya. ¿Quién es aquel gentil hombre?— Si es casado la tumba bien podría ser mi lecho nupcial!»

A la primer mirada, el pacto se sella, los corazones se cam-

bian, los dos seres predestinados á amarse se reconocen, se ofrecen y se aceptan.

Se precipitan el uno hácia el otro, empujados por una irresistible atracción; franquean de un salto el arroyo de sangre que corre entre sus dos familias.

No son dos extraños que se conocen, son dos prometidos que se unen.

En medio de las atenciones del primer saludo surge el compromiso solemne é irrevocable. El audaz beso que cambian consuma su apresurado himeneo.

Del baile, Romeo se lanza á la ventana de Julieta, el voto murmurado en la fiesta toma allí el estallido de un grito apasionado. El presentimiento de una muerte próxima, las espadas y los puñales de los Capuletos suspendidos sobre la furtiva entrevista, la tibia brisa y los perfumes de una serena noche de verano, todo conspira á apresurar su trágico amor. El desfallece de repente, como uno de esos árboles maravillosos que, según dicen, florecen en una hora con la explosión de un volcán de aromas. No es bajo la coquetería del velo que Julieta se presenta ante su amante, es con la atrevida desnudez del amor.

«Sabes que la máscara de la noche oculta mi fisonomía; sin eso verías una virginal rubor cubrir mis mejillas, cuando pienso en las palabras que te he dicho esta noche. Ah! quisiera no haber procedido así, quisiera negar lo que he hecho.»

«Pero, adiós cumplimientos!—Me amas? Sé que me dirás que sí y que inmediatamente te creeré. No lo jures, podrías traicionar tu juramento. Los perjurios de los enamorados dicen que hacen reír á Júpiter. La verdad, bello Montesco, estoy demasiado enamorada y también podrías creer que mi conducta es liviana. Pero fíate en mí, gentil hombre! Me mostraré más fiel que aquellas que mejor saben afectar reservas.»

Y el diálogo, ó mejor el dúo, continúa: No se sabe si se oyen sonidos ó palabras, pensamientos ó melodías.

Shakespeare ha arrebatado á Petrarca sus *conceits* y sus hipérboles para expresar el amor italiano; pero colora con los fuegos del Oriente el idioma de los sonetos. Lleva al diapason de la Biblia esta lira enervada. Se cree ver á los esposos del cántico de los cánticos, transportados en el jardín del Decameron.

La muerte de Teobaldo por Romeo, que arroja nueva sangre sobre el ardiente odio de las dos razas, no interrumpe ni un instante la marcha de este amor arrebatador. Al saber esa muerte, Julieta ha lanzado un grito de cólera; pero el egoísmo de la pasión la envolvió bien pronto. Absuelve por los crueles desprecios que prodiga al muerto, la injuria que ha lanzado sobre su matador.

Teobaldo ha muerto y Romeo es desterrado.... «Desterrado! Esa sola palabra *desterrado* mata para mí á diez mil Teobaldos.»

Pero á la idea de la separación la muerte se le presenta como el único remedio.

«Socorro mi aya! en vez de Romeo, al sepulcro daré mi virginidad.»—Tal es la intensidad de esta pasión devoradora, nada de términos medios: la tumba ó el lecho nupcial. Los dos amantes mezclan tan á menudo el amor con la muerte que ya no distinguen uno de otro.

El monge los ha casado; la noche nupcial tan ardientemente invocada, llega, esa noche extraordinaria y única que es en poesía lo que son en la naturaleza las tardes señaladas por fenómenos.

Al amanecer se abre la ventana: la pareja aparece abrazada sobre el balcón teñido por la aurora; la alondra lanza al cielo esa nota que señalará en adelante la hora inmortal de sus adioses. En cuanto el día aparece, radiante y fúnebre, y que su abrazo se deshace, se diría que los amantes se quiebran al separarse.

Vedlos ya palidecer de su futura muerte. Romeo aparece á Julieta bajo el balcón, como un cadáver deslizado de la fosa.

«Dios mío; tengo en el alma un fatal presajio. Ahora que estás

«abajo te me presentas como un muerto en el fondo de una tumba.»

«O mis ojos me engañan ó debes estar muy pálido.»

Y Romeo le responde:

«Créeme, amor mio, tambien tú estas muy pálida. Es la árida angustia que bebe nuestra sangre.»

Desde ese momento, el drama se precipita á la catástrofe. La muerte amenaza con su guadaña. Julieta, obligada á casarse con París, acepta para evitarlo el narcótico que la abrigará en la tumba hasta la vuelta de su amante. La heroína se vuelve niña en el momento de beber el mágico brevaie.

Temé á esa velada del sepulcro, tiembla ántes de bajar esos escalones que no se suben.—«Oh.....si una vez depositada en el sepulcro me despertase antes que Romeo viniese á sacarme. Ah...que cosa horrible»!!

Y sin embargo, vacía la copa letárgica. Entre todos los mártires del amor, Julieta tendrá el privilegio de haber probado dos veces el acibar de la muerte.

El rumor siniestro llega á oídos de Romeo en su destierro; corre y penetra en la tumba de su amada münido del veneno que los hará unirse, muere en brazos de la muerta que resucita y vuelve á dormirse con él. El sepulcro se abre y despeja los misterios de la horrible noche. El sacrificio de los dos amantes apaga el gémo furioso que flajelaba la ciudad y las dos familias se reconcilian sobre su tumba.

MEDALLONES

JULIE MARIANNE

Esperaba, desesperada.

LA depravación en la voluptuosidad, un sensualismo cruel, la lujuria del mal, el terror en el amor, triunfaban en Francia, en las altas y bajas esferas sociales. Era necesario infundir una sangre nueva en las pútridas vísceras del siglo XVIII, levantar la mujer y la familia para poder levantar la nacion. Rousseau realizó este triple milagro con tres libros inmortales: la *Nueva Eloísa*, el *Emilio*, el *Contrato*.

La *Nueva Eloísa* fué al mismo tiempo una revelacion y una revolucion. Fué la resurreccion del corazon, atrofiado por los placeres egoistas. Una chispa eléctrica recorrió toda la Europa. Hasta las galantes duquesas de estéril corazon é imaginacion pervertida, las heroínas de los más escépticos y cínicos salones, se conmovieron é inmutaron.... A la Luxembourg se le vió llorar; á la Duseffand, entusiasmarse. De la orgia de las infames alcobas, de los fatigosos placeres de los *petits-soupers*, Rousseau llamó la mujer á la naturaleza, á la libertad, al afecto, al dolor. La encontró árida, vacía, devorada por el egismo y el fastidio, y la hizo renacer á los éxtasis de amor, á las dulzuras de la maternidad. Entregó primero á los niños á la leche y á los besos de las madres y reconstruyó así la familia. Al capricho, la fé; á la *hembra*, sucedió la *mujer*; y una Mme. Roland fué posible en la tierra de las *Liaisons dangereuses*. Ni *Manon*, ni *Marianne*, ni *Paula*, ni *Clarisse* habian de tal manera conmovido al mundo. La *Julie* eclipsó á todos los romances.

Mme. de Blot, cuando apareció el último volumen, decía al duque de Chartres, con animacion, y encendido por el entusiasmo su bellissimo rostro: «No existe mujer que no se encuentre pronta á consagrar su vida á Rousseau».



Y tú decias lo mismo, y experimentabas aún más, cara mujer que abriste tu corazon al del gran infeliz, pero, demasiado tarde: y se vió una *Julie*, pura, hermosa y apasionada, tentar inútilmente evocar un *Saint Preux* entre los terrores y los tumultos y el frenesí del alma devastada de Juan Jacobo.

Era una rubia de cabellos de oro, luminosos y abundantes, de ojos cerúleos, serenos y puros como una hermosa mañana de Mayo, blanca, de un voluptuoso candor. El marido habia intentado depravarla; no consiguió sino torturarla; despues, la habia abandonado á sí misma, y ella vivia una vida melancólica y retirada, en compañía de su prima, una jóven morena y vivaz, que tenia por ella una devocion de hermana menor: una verdadera *Claire d'orbe*.

Julie—prefiero llamarla así, porque bajo este nombre ofreció su propio corazon á Juan Jacobo—*Julie* no era ya jóven. Era de aquellas mujeres, ménos raras de lo que se piensa, que, tranquilas y frias en la primera juventud, pasados los treinta años experimentan la necesidad de ser amadas; y el deseo se hace más intenso y doloroso cuando es ménos apagado. Momento único y conmovedor en la vida de la mujer! Si bella, su belleza adquiere entónces un carácter de bondad, de ternura otoñal; es la belleza del corazon, del corazon profundo, de los sentido inteligentes, del alma apasionada: belleza espiritual que ilumina y armoniza las formas. Es el fruto apenas maduro punzado por el insecto alado de Agosto y vuelto más dulce: es la mujer herida por el deseo intenso del amor.

Las rubias como *Julie*, sienten y sufren más de esta crisis del corazon. La morena de ojos negros y profundos, de mirada que quema, ha consumido ya á los treinta años toda su llama interior. Decia pues, que esta *Julia* era rubia.....

Cada uno se busca á sí mismo en los libros: los grandes éxitos deriban del gran número de contemporáneos que se reconocen en un mismo libro. Cuanto más sumerjida en el fango se encontraba la mujer, más anhelaba intuitivamente los puros horizontes, y huyendo de las ardides luchas de un Richelieu, de un De Frises, de un Pavanne, soñaba é invocaba un Saint Preux.

Cuando *Julie* y su prima leyeron el primer volumen de la *Nueva Eloísa*, la sorpresa, el placer, la maravilla, la admiracion, el entusiasmo, no tuvieron límites. La una se vió dibujada con verdad en la figura de *Julie*, la otra en la de *Clara*. Pero la nueva *Clara*, que habia ya leído en el corazon de la amiga y ambicionaba para ella lo que no osaba siquiera confiar á sí misma, osó escribir al ciudadano de Ginebra este billete: «Sabreis que *Julie* no ha muerto y que vive para amarnos: esa *Julie* no soy yo; lo veis bien en mi estilo: no soy sino su prima, ó mejor su amiga, como lo era *Clara*.» Y concluia indicando á Juan Jacobo la direccion de la respuesta.

Respondió; y sin hacerse rogar, por el correo siguiente.

El misterio, una vaga esperanza, sedujo al *osu*, al *salvaje*, como lo llamaban, y respondió. Y la correspondencia comenzada por devocion de amiga, y por amor romancesco, de un lado; del otro por curiosidad, y por invencible atractivo, se animó más y más, cuando la nueva *Clara* cedió la pluma á la nueva *Julia*.

Rousseau ántes de solicitar una entrevista, le pidió el retrato. Hoy ella habria corrido presurosa á un renombrado fotógrafo: ciento veinte años há era más difícil obtener con tal precipitacion el propio retrato.... y *Julie* lo remedió haciéndolo ella misma con la pluma, con la palabra. Y lo hizo escrupulosamente, sin velar el mínimo defecto. Debí permanecer un par de horas mirándose al espejo, ántes de escribir aquella carta, como una devota al hacer el exámen de conciencia ántes de confesarse. Es un poco estenso, pero cómo se puede ser breve y decirlo todo? Le confiesa que le ha quedado alguna lijerisima, casi imperceptible señal de la viruela en el rostro, que tiene los brazos un poco delgado y termina con esta graciosa y fresca pintura de su toilette: Mis cabellos componen ordinariamente toda mi *coiffure*: los levanto con la mayor negligencia posible, y los amo con bastante exeso para que pueda dejenerar en pequeñez. Como soy modesta y tímida, se ocupan ménos de mí que de otra mujer de mi edad.

Nadaf en mis vestidos merece nombre de adorno. Hoy, por ejemplo, llevo un traje de satín gris sembrado de moscas color de rosa.....

Rousseau, leído el retrato, quiso ver el original: y le recomendó vestirse con ese mismo traje de satín gris.

Y tal se presentó á sus miradas, trémula de emoción, bella de pudor y de gracia, de inocente ardor y de naciente pasión....

La contempló en silencio y le estrechó por largo tiempo la mano. La *Charmettes*, la primera *pervenche* recojida con Mme. de Warnes, la casita blanca con las persianas verdes, reaparecieron á los ojos del poeta orador, del novelista filósofo. Le encendió en los labios el beso de Mme. D'Houdetor; pero la adorable figura que tenia entonces por delante no hizo sino agitar en su corazón las cenizas del pasado, en vez de crear el fuego de un sentimiento nuevo.

Y ella lo comprendió.

Fué un relámpago... y se sintió rechazada para siempre.

Supo disimular; y sonriente, con su hermoso vestido de raso gris salpicado de rosa, se acercó al piano y tocó una ária del *Dervin du village*.



¿Conoceis algo de más triste, de más inefablemente triste, que los aires alegres de cien años ha? No hay *gavotte*, no hay *chansonette* francesa, no hay *romanza* ó *duettino* italiano que no encierre un *amore aliquid*, una onda de melancolía. ¿Cómo podían bailar y hacer el amor al son de aquellos aires que parecen lamentos venidos del otro mundo? ¿Pero? ¿quién sabe? quizá nos parece así porque son notas viejas y que han muerto y su éco lamentable representa imágenes borradas y alegrías desvanecidas para siempre. Quizás entonces era música alegre y alegraban el corazón, y quizás, quien sabe! en 1933 se maravillarán de que los abuelos se divirtiesen tanto con las óperas de Wagner y bailasen alegremente los *waltzers* Chopin y de Strauss.



Existe un proverbio que dice: «Dime con quién andas y te diré quién eres». Cada gran poeta, cada gran cancionero, ha tenido su cortejo especial de admiradores, distintos en índole, en sentimientos, en gustos, y que son el reflejo del carácter de su ídolo. Sería curioso un estudio psicológico sobre las *dévouées* de Chateaubriand, de Byron, de Schiller, de Lamartine, de Balzac, de Sue, de Dumas, de Tennyson, de Musset, hasta las *dévouées* (no *avouées*) de Emilio Zola... Las admiradoras de Rousseau le hacen honor: desde la humilde Mme. Verdelin, desde esta ignorada Julia, á las ilustres Roland, Stael, G. Sand, forman un noble é imponente cortejo; un poco declamador, un poco paradójal, pero siempre generoso y capaz, llegado el caso, de todo sublime heroísmo.



La pobre *Julie*, lo he dicho ya, llegó demasiado tarde.... en el peor momento de la vida de Rousseau, y él se decidió, después de la primera entrevista, á impedir la continuación de esta novelesca aventura, y á decir franca, brutalmente, como sabia demasiado hacerlo en ciertos momentos, la verdad á la misera mujer.

Le quitó toda ilusión, toda esperanza, con una carta glacial, en que se revela ya el paroxismo trágico de aquella alma inquieta.

Ella no se rindió al primer golpe. Tuvo la debilidad de tentar otras vías para electrizar aquel corazón concluido.

Se le presentó, sin advertírselo antes, tres meses después de la terrible carta, pálida, demacrada, humillada, trayéndole músicas italianas que había comprado para él. Se hizo anunciar con el nombre de *Julie*. El la recibió gentilmente pero con frialdad, y cuando ella se retiró le dijo: «*Adieu* Marianne, (era su verdadero nombre de pila) *adieu!*»

Julie! Marianne! En el cambio de estos dos nombres existe el *építome* de mil romances, y toda la ironía de la vida, todo el ideal y la realidad de las cosas humanas.

No hay mujer que no busque llegar á ser, en un momento de su vida, una *Julie d'Etange*, y que los hombres y la suerte no rechacen con el nombre del registro de la parroquia....

Rousseau fué brutal, pero fué sincero, y no se gozó en ilusionar á la víctima y explotar sus sueños, como cualquier otro *grande hombre*. Chateaubriand, por ejemplo, lo hubiese hecho probablemente.

El corazón de Rousseau, después de los besos de Mme. D'Houdetor, había sido, por así decirlo, absorbido por su cerebro. Jamás había escrito páginas más ardientes, apasionadas, coloridas, elocuentes, como en aquellos años: es la época de los primeros libros de las *Confesiones*. Su estilo se ha hecho más muelle, más voluptuoso; sus paisajes son de un colorido con frecuencia nuevo, y que servirá de norma, y dejará incortable huella en todos sus grandes sucesores en el arte de la palabra. Se diría que algunas de sus expresiones queman las páginas.... y sin embargo, su corazón estaba muerto! Esta contradicción fenomenal me recuerda un doloroso verso de Browning:

And my heart feels ice, while my words breathe flame.

(Y mi corazón es de hielo, mientras mis palabras espiran llamas.)

Hombre destinado á vagar en la tempestad y escitar el dolor, en la lucha abierta con su siglo, Rousseau llevaba en su fatídico seno todas las tempestades de inminente revolución, junto con las tempestades de su propio corazón. Su influencia ha durado hasta hoy, y quizá está interrumpida, pero no ha cesado. Todos ó casi todos los grandes escritores, quien más, quien menos, adquieren de súbito el magnético encanto. Bernardin, de Stael, Chateaubriand, Lammenpais, Lamartine, G. Sand, Micheles, Renan, Goethe, Schiller, Juan Pablo, Byron, Shelley, Carlyle, Castelar, Leopardi. El encarnó la Revolución! Mirabeau y Robespierre, Vergniaud y Mme. Roland, la Montagne y la Gironda, juraban del mismo modo sobre su palabra. Inteligencia soberana, que cuando en los últimos años de la vida se desequilibró y descompuso, pareció la caída de un imperio. Grande en su miseria, y en su fuerza, porque está dotado de una palabra de fuego, palabra única, que ajita, sorprende y manda. Solo entre dos filósofos divertidos y escépticos de su tiempo, él sintió la miseria real de la vida; y le pasó sobre el rostro el hálito sagrado de la naturaleza y de la humanidad.

Era en Noviembre de 1789; en el barrio apartado de un convento de monjas hospitalarias, vivía una señora parisiense, de sesenta años, vestida habitualmente de negro, en cuyos cabellos blancos vagaba un pálido reflejo del oro luminoso de un tiempo; un perfume de elegancia aristocrática, que ciertas mujeres privilegiadas conservan hasta el último instante. Existía en su cuarto un viejo piano, con viejas músicas sobre él, el *Orfeo*, el *Dervin du Village*.... En un estante, en la pared opuesta, se hallaban esparcidos los volúmenes de las obras completas de Jean-Jaques Rousseau, *citoyen de Geneve*.

La reconocéis? Es la pobre, fiel *Julia*. Y mientras sentada en una *chaise longue*, cerca de la estufa, lee algun volumen de la *Nouvelle Héloïse* ó de las *Promenade*, se sobrecoje de punto oyendo en la calle voces y gritos de aclamación y de entusiasmo. Es el pueblo que responde á los primeros rugidos del león Mirabeau... Cara *Julie*, cara *Marianne*, deja el libro predilecto, si quieres comprender esa grito. Toma en vez de ellos otro, aquel pequeño, á *tranches dorées* donde está escrito *Contrat social*. Léelo, y comprenderéis ese grito...

O mejor, nó. Conserva en tus cabellos blancos y en tu corazón estinguído de anciana, los últimos reflejos de un sol poniente, de

un ideal que desciende. Vuelve á leer, por la centésima vez los inolvidables volúmenes de *Julie*... y muere en tu soledad, fiel á una memoria inmortal.

LOS AMORES DE MARTA

Desde el próximo número continuaremos la publicación de esta novela.

GUILLERMO P. RODRIGUEZ

Por conducto de un apreciado amigo llegó hace poco á mis manos una composición poética *En el álbum de...*, suscrita por Guillermo P. Rodríguez, nombre que hasta entonces no había llegado á mis oídos, aunque vagamente recordaba haber visto ya publicado al pié de una poesía aparecida en *El Bien Público*.

La lectura de la composición que se me remitía, me cautivó. Tal corte y sabor marcadamente clásico le encontré, que creía estar leyendo al dulce Arolas ó al prolijo Cetina, y me sorprendía que quien con tal arte sabía pulsar la lira, no se hubiera hecho conocer antes con otras producciones de su ingenio. Pero pronto me expliqué que no fuese conocido el autor de aquella composición, al saber que Guillermo P. Rodríguez es un joven recién salido de las aulas, en cuyas estrecheces había vivido aprisionada su inspiración, hasta que libre ya de la escuela, empezaba á dar vuelo al talento que en su cerebro bullía.

Sin conocerlo mas que de nombre, y sin haber manifestado la simpatía que su talento me inspiraba mas que en el seno de la amistad, me veo hoy obsequiado con tres sonetos de Rodríguez, y tales son ellos, que podrían figurar con honor entre los que sirven de introducción al libro más monumental que el humano ingenio haya producido. Mal año para los académicos de la Argamasilla, para el Monigongo, el Paniaguado, el Caprichoso y Discretísimo, el Burlador, el Cachidiablo, el Tiquitoc y el donoso poeta Entreverado, si creen que ellos solos podían cantar las virtudes del valeroso caballero, los donaires de Sancho, y los lamentos del trabajado Rocinante y del paciente rucio, pues hay aquí quien con ellos rivaliza en gracia y buen decir, como mi obsequiante Guillermo P. Rodríguez, á quien quedo muy grato por su dedicatoria.

Dicen así los

Tres sonetos

A SANSON CARRASCO

I

DON QUIJOTE

DE admiración llenando al mundo entero,
Cundió mi fama de uña en otra jente;
Quien, discreto me aclama; quien, valiente,
Y todos á la par, buen caballero.

En desfacer agravios, el primero;
En amparar al débil, diligente;
En el hablar y el discurrir, prudente;
Y en el amor y la amistad, sincero.

Por follon, malandrín, tenido sea,
Quien no rinda gentil acatamiento
A mi sin par señora Dulcinea.

Y tema, temeroso mi ardimiento,
Si no confiesa quien mi historia lea,
Que debí el ser vencido á encantamiento.

II

SANCHO

Bien puedes gran Quijote gloriarte,
De haber tenido á Sancho de escudero;
Que si en valor no se mostró primero,
Primero y sin segundo en el cuidarte.

Siempre de tu reñir la peor parte
Saqué, y aunque me llames majadero,
Dírete, que aunque andante caballero,
No más que á tu escudero han de admirarte.

De mis consejos poco caso hiciste,
(Y á fe que buena cuenta me tuviera.)
Y á duelos y quebrantos me trajiste;

Y á punto tal, que si un Quijote hubiera,
Que me ofreciese, cuanto me ofreciste,
No el hijo de mi madre le sirviera.

III

ROCINANTE Y EL RUCIO

Rucio—Bien se conoce Rocinante amigo,
Que estais de aquesta vida ya cansado.

Rocin—Viérame con más gusto sepultado
Que de más desventuras ser testigo.

Rucio—No compareis al vuestro mi castigo;

Rocin—No mire el vuestro al mio comparado;

Rucio—De hambre y de sed estoy aniquilado;

Rocin—De sed y hambre que me muero os digo.

Rucio—Oh! frescos prados, pastos abundosos!

Rocin—Oh! claras fuentes, puras cristalinas!

Rucio—No vuestros frutos comeré sabrosos!

Rocin—No vuestras aguas, beberé divinas!

Rucio—Males de nuestra vida numerosos!

Rocin—¡Suerte, que á tales males nos destinás!

GUILLERMO P. RODRIGUEZ.

Diciembre de 1883.

Á ZULEMA

LEGÓ hasta mi tu delicado canto,
Alondra de las selvas uruguayas....
Tu canto, que algun tiempo, como un ángel,
Durmió en las cuerdas célicas del arpa!

Al despertar del peregrino sueño
A los halagos de tu dulce magia,
Bajó tranquilo á iluminar mi noche
Como un rayo de luz de luna pálida!

¿Quién eres tú, sublime poetiza
Del entusiasmo y sentimiento hermana,
Qué sabes ser, ya tímida paloma,
Ya enérgica y valiente como el águila?

¿En qué linfa impalpable, dulce amiga,
Bebes la inspiración que te levanta
Y se desborda en ondas misteriosas,
En las ondas de luz de tu palabra?....

¿Di, Zulema, en que búcaro conservas
El aroma purísimo que exhalas?...
¿No tiene fin como el amor y el tiempo?...
¿Es siempre joven como son las almas?....

¿Pulsa tu mano siempre, como un ángel,
El arpa de las gratas esperanzas,
Ó solo vibra con acento dulce
Cuando animas al bueno en la desgracia?....

¿Ha sido compasión, ó el dulce lazo
De fraternal cariño que nos ata,
Lo que inspiró las célicas estrofas
Que el ambiente de mi alma perfumáran?....

Si fué por el consorcio del cariño
A mis ojos, Zulema, te agigantas....
Si fué por compasión, te lo agradezco....
Tenía la sed de Tántalo y sus ansias!

Quiero saberlo;—si el glacial hastío
Ya no es mi torcedor, es mi fantasma....
Perdona el egoísmo, que la duda
Es gota de agua que el cerebro orada!

Pulsa de nuevo el arpa melodiosa
Y entona un canto de belleza rara,
Dulce, como el amor de la familia,
Grande, como el amor hacia la patria!....

R. S.

Cuando la luz de la ilusión ardiente
Hierne el fondo del alma soñadora,
Su cristal trasparente
Tiene el color de rosa de la aurora!

Cuando en alas de tímida esperanza
El alma, envuelta en sus destellos, sube
A un cielo que no alcanza,
Tiene el tinte plomizo de la nube!

Y cuando el alma llora solitaria
Y la ilusión en flor cierra su broche
Sin la mística luz de la plegaria,
Tiene el velo sombrío de la noche!

ZULEMA.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 21

CHARADAS

1.ª Galimatías—2.ª Algarabía.

Fueron descifradas ambas por Una Floridense, Rafeto, Fugo y Riana.

PALABRAS DESCOMPUESTAS

1.ª Guedeja—2.ª Párvulo—3.ª Cisterna—4.ª Turgencia.

Fugo y Rafeto descifraron las cuatro.—Lolò descifró las tres primeras.

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
D 8 AR	R 5 D
D 4 AR (jaque)	R 4 AD

C 3 D (mate)

1.ª variante

D 8 AR
D 5 AD (jaque)
T 6 C (mate)

P 3 R
Cualquiera

2.ª variante

D 8 AR
T toma PR (jaque)
T 6 C (mate)

P 4 C
Cualquiera

Tiene otras variantes de fácil solución.
La solución nos fué enviada por Eduardín y El Duende.

GEROGLÍFICO NÚM. 21

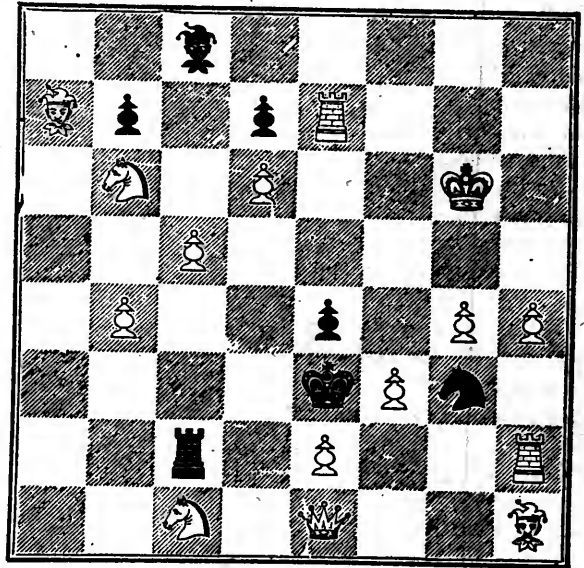
Vale más pájaro en mano que ciento volando.

Fuó descifrado por Rafeto, Lolò, Riana, S., Fugo, Creto, Ingenio, Gran Bono, y Eduarda.

PALABRAS DESCOMPUESTAS

OMIGALAN—TIRUEPP—TRIAREA—RAMCIS

Problema de Ajedrez por R. E.
NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

GEROGLÍFICO NÚM. 22

